

Palabras de bienvenida

Auditorio del Museo de la Nación
Lima, 3 de diciembre de 2007

Roberto Cuéllar M.

Desde sus inicios en 1987, el Curso de Elecciones y Democracia, con enfoque de derechos políticos y derechos humanos, es un espacio de reflexión política, con efecto revitalizador de la visión y perspectiva del Instituto Interamericano de Derechos Humanos en las Américas. El Instituto es el auxiliar de la Corte y de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en materia de promoción de derechos humanos y democracia en la región. Desde 1999, es decir, en los albores de este siglo XXI, este curso regional constituye además un paréntesis bienal en el calendario interamericano de derechos humanos; asimismo, su naturaleza académica y sus deliberaciones son pausa vigorizante, en medio de la movida etapa electoral que estamos viviendo con más de cincuenta comicios en veinte países de la región. Precisamente entre 2005 y 2007. Este período ha tornado mucho más agitada la agenda de nuestro Centro de Asesoría y Promoción Electoral (CAPEL).

Al dar inicio a la jornada de esta XIII edición, cumplimos con el mandato de permanente revisión del estado y de la salud de la democracia interamericana. Decenas de elecciones presidenciales, municipales, locales, regionales y especiales, así como ejercicios

de democracia directa, se han sucedido en una apretada agenda. Ésta ha saturado los cronogramas de trabajo en la promoción de la democracia, desde noviembre de 2005 cuando se inició, con las elecciones generales en la República de Honduras, hasta ayer cuando concluyó el ejercicio de referendo constitucional de la República Bolivariana de Venezuela, resuelto con estrecho y ajustado margen.

Este proceso globalizador y democratizante demuestra que nos hallamos en un período de cambio muy intenso, plagado de ansiedades múltiples y diversas, lo que define el estado anímico y generalizado, así como la motivación de concurrir a las urnas, lo que le hace muy bien a nuestra democracia. Este proceso demuestra asimismo que —aunque las elecciones no resuelven todos los problemas en las sociedades de hoy—, tales procesos exigen mucho a la paciencia de la ciudadanía, de cara a las opciones políticas.

En la perspectiva genérica, la acumulación de elecciones nos lleva asegurar, también, que la metodología democrática se ha asimilado en las Américas, pero que ahora no hay elecciones fáciles en la región. Por ello es que tal proceso movilizador ha ocurrido entre aspiraciones y entre compromisos, entre las luchas e incertidumbres políticas que llevan consigo las elecciones de hoy. Ha costado tanto conseguir más democracia formal, que podemos sentirnos muy satisfechos del buen desempeño y el mayor desarrollo del novedoso del derecho electoral interamericano, que hace veinticinco años era excepcional y muy escueto en la región.

Es mucho lo que hay que invertir en todo sentido —no sólo desde la ciencia jurídica—, para que la justicia electoral y la administración de procesos continúen saludables y muy vigorosos; a pesar de las vicisitudes locales y de las situaciones particulares que deben superarse también, y deben superarse tan pronto que todo lo que se haga en beneficio de armonizar el proceso electoral y dotarlo de más credibilidad vale la pena. Porque nuestros pueblos lo agradecen con creces, llegando con más confianza a las urnas.

Hoy nos sentimos muy orgullosos de los organismos electorales, los destacados árbitros de la contienda política que han sacado adelante la organización de esta imponente agenda de comicios y que lo han hecho realmente muy bien. Asimismo, las organizaciones de la sociedad civil y los medios de comunicación que asumen responsabilidades cada vez mayores en el marco de los procesos electorales, lo están haciendo mejor. Aunque para los partidos políticos la satisfacción venga frenada por las incertidumbres que nuestras sociedades parecen tener acerca de su función esencial en la democracia como hoy la conocemos y como ahora la practicamos.

Ésta es, sin duda, una oportunidad excepcional para aprender que ahora se les exige que superen aquellos tiempos en que todo se resolvía a través de frases superficiales y de simples temas de campaña. Se exige ahora, por parte de la ciudadanía, una atenta escucha a la voz de los pueblos para ser competitivos, para ser más democráticos y para mantener la atención del electorado. Enhorabuena, también, a los estudiosos de la realidad electoral americana, por los nuevos ángulos de reflexión y por el riquísimo material que producen del análisis comicial, de la comparación de la justicia electoral aplicada en la región y de la proyección de la democracia hacia el futuro.

Muy larga es la lista de lecciones aprendidas en esta coyuntura electoral. Compartimos cerca de treinta misiones de observación a lo largo de estos veinticuatro meses, en la integración de los protocolos de Quito, de los protocolos de Tikal y de la exitosa Unión Interamericana de Organismos Electorales. Ya son más de 190 misiones en la historia del cuerpo electoral de las Américas. Repasamos acerca de los márgenes estrechos en los resultados comiciales, lo que confirma que el electorado se está volviendo mucho más exigente y mucho más crítico también. Exploramos sobre las posibilidades y las limitaciones de la tecnología al servicio de los fines electorales. Valoramos acerca de las nuevas funciones encomendadas a las autoridades especializadas en la materia, en lo que tiene que ver en fin con la nueva división de funciones entre

los actores políticos. Recordamos a través de este proceso electoral globalizante la tarea pendiente de llevar candidaturas con lo mejor de la ciudadanía, con una mayor y más clara participación de la mujer en la política y con ideas sólidas a los puestos de elección popular, para convencer, para persuadir, para atraer a la gente y a la juventud, de que vale la pena votar y luchar por mejorar la democracia de hoy.

No todos fueron elogios, ni es perfecta nuestra democracia. Aprendimos muchas lecciones en medio de tensos momentos de crispación o en el fragor de los intereses políticos en conflicto. Algunas, en fin, son resultado de insuficiencias y de erróneos procedimientos que deben corregirse para completar la culminación de estas jornadas electorales.

En consecuencia, este XIII Curso tiene el deber de sistematizar dicha experiencia global y hemisférica sin paralelo, para impulsar aún más el buen desarrollo de nuestras democracias. Y buenas democracias digo que son especialmente las nuestras, en lo procesal y muy calificadas realmente, así como envidiadas por varios hemisferios y continentes. Pero insuficiente es el rédito de los regímenes políticos en la balanza de la opinión ciudadana, y no se equivoca la ciudadanía de Latinoamérica y buena parte del Caribe cuando se manifiesta descontenta de los logros de la conducción política.

La nuestra sigue siendo la región más desigual en el mundo, y la política en la democracia todavía no ha logrado conseguir cambiar, ni modificar claramente, esta angustiante tendencia a la disparidad. Los dos grandes problemas humanos de América en este siglo XXI son en principio, hoy como ayer, la extendida pobreza y la creciente desigualdad, y por cierto el persistente déficit democrático y la fragilidad institucional dependiendo de qué países y sociedades se observen.

Buenas democracias son las nuestras en lo procesal, pero las expectativas de la transición han dado paso —luego de veinte

años— a una desilusión progresiva en varios países, sobre todo entre la juventud, que se aleja de las urnas y no quiere enrolarse en la política; a lo que hay que ponerle suficiente atención. Por eso digo que fue excepcional el liderazgo y el comportamiento que, con tanta madurez, emprendió la juventud universitaria en la República Bolivariana de Venezuela durante la campaña, antes del ejercicio del referendo constitucional.

Hay preocupación, en nuestra buena democracia procesal, por algunos amagos de reducir libertades, al igual que por democracias vacías de contenidos y de opciones atractivas. Tanto es así que, a través de estos ciclos electorales, las nuevas democracias apenas están aprendiendo a caminar con no pocos tropezones, y los ciclos no se han regularizado porque hay países en que las democracias envejecieron abruptamente o no han sabido dar respuestas —en forma oportuna— a los problemas de la gente de manera concreta y en tiempo razonable. Algunas, como todos sabemos, se desinflaron y desdibujaron, dejando el espacio a experimentos muy peculiares, sintomáticos, y ensayos muy aventurados en la región.

De esta manera, si bien las nuestras son buenas democracias en lo procesal, les hace falta ser más democráticas, un poco más participativas, transparentes e incluyentes. Estoy convencido de que el gran reto al futuro está en preservar, en conservar y perfeccionar esta buena democracia procesal sin la cual ninguna democracia existe y sin la cual hablar de democracia carece de sentido. Por lo tanto, hay que preguntarnos cómo hacer nuestros sistemas más democráticos, más participativos, más transparentes.

Estoy convencido de tal obligación porque tengo la certeza de que en nuestra región hay el talento, la creatividad y la visión para avizar el horizonte que queremos para la democracia interamericana. Sé que el presidente Osvaldo Hurtado sabrá expresar mejor, con el saber y con el sabor de la experiencia política, los sin sabores y las esperanzas de nuestro desarrollo democrático y su proyección al futuro.

Agradezco profundamente la compañía del ex Presidente, su mensaje como político y el aprecio que tuvo para aceptar esta invitación, en este acto que respaldan la Oficina Nacional de Procesos Electorales de Perú (ONPE) y el Instituto Interamericano de Derechos Humanos, por medio de CAPEL.

Dejo para el final un particular agradecimiento al pueblo peruano por acogernos hoy. A la ONPE, uno de los tres pilares de la organización electoral de este país, que es y ha sido activa y comprometida contraparte de este curso. Un reconocimiento muy especial por su atención generosa a todas y todos en la ONPE y a su Jefa, Magdalena Chú, nuestro aprecio por haber hecho posible este XIII Curso Interamericano para más de dieciocho países de la región.

Al poner nuestra fe en esta reflexión hemisférica, mostramos la más viva aspiración por conseguir más democratización en las Américas. Tenemos siempre la esperanza de que se respeten los derechos humanos y se gobierne con equidad y justicia, especialmente para los más pobres, para las personas y comunidades más desfavorecidas, que sorprendentemente son los que más votan en esos 370 millones de personas que han concurrido a las urnas, en estos dos años, con más de cincuenta comicios en la región.

Queda pues, aquí, servida la mesa de este XIII Curso de CAPEL, para que salgan ideas y propuestas que nutran la salud y que hagan más fuerte todavía la vigencia de nuestras democracias en la región.